

Confianza: el milagro de ser humano

Henning Kullak-Ublick

La confianza es quizás la condición más importante para orientarnos en el mundo en nuestra vida cotidiana, tanto para los niños como para los adultos. Contrasta con el control, que, aunque necesario en ocasiones, no puede sustituir la confianza fundamental. Para el niño en crecimiento, la confianza es un pariente del amor: es algo que solo se puede regalar, nunca exigir.



La mirada del niño y el origen de la confianza

Quien haya mirado a los ojos de un recién nacido recordará la profundidad y pureza de su mirada, en la que el momento parece convertirse en eternidad. En esos instantes, surgen preguntas fundamentales: «¿Quién eres?», «¿De dónde vienes?» y «¿A dónde vas?». En el niño se percibe una confianza absoluta, que se ha gestado durante los meses de embarazo, mientras el niño se siente seguro y apoyado por la voz, los pensamientos, sentimientos y acciones de la madre. El nacimiento es una experiencia existencial, comparable a la muerte en el otro extremo de la vida.

Vivir en el espacio del otro: el entorno y la imitación

¿De dónde proviene la confianza infinita con la que un niño se entrega al cuidado de sus padres? ¿Es solo indefensión o es parte inherente de nuestra humanidad, como el amor materno? Novalis, poeta y filósofo, sugiere que nuestra existencia no comienza con el nacimiento ni termina con la muerte. Los primeros años de vida son un periodo en el que los niños absorben las impresiones del entorno y aprenden por imitación: adoptan la postura erguida y caminan si pueden imitar a los adultos, y aprenden a hablar escuchando a otros, no a través de altavoces. Incluso el pensamiento se ve moldeado por el lenguaje y las palabras de los adultos.

Rudolf Steiner describe este milagro de la imitación: cuanto más puedan vivir los niños en el alma de su entorno, mayor será el beneficio. Esto implica que los adultos tienen la responsabilidad de crear un entorno digno de ser imitado, no solo en lo externo, sino también en las acciones, pensamientos y sentimientos que expresan delante de los niños. Permitir a los niños «vivir en nuestras almas» es clave para no defraudar su confianza.

Steiner sostiene que la imitación en la primera infancia es una continuación de la existencia espiritual antes del nacimiento, en la que vivíamos en unidad con los ángeles y adquirimos esa confianza arquetípica que mostramos tras nacer.

Los cuatro tipos de seguridad para el niño

Al nacer, el niño experimenta el mundo desde fuera: la luz, los colores, sonidos y sensaciones le llegan del exterior, sin posibilidad de aislarse. En los primeros años, es esencial que el niño se sienta cómodo en su cuerpo, que aprende a moldearlo como instrumento de su alma. Este proceso individual se apoya en cuatro aspectos de seguridad:

- Seguridad física: los padres crean un entorno protegido y ordenado donde el niño puede moverse libremente y explorar con todos sus sentidos.
- Seguridad en el ritmo: buenos hábitos, estructura diaria, rituales, canciones y cuentos aportan ritmo a la vida del niño y fortalecen su constitución y emociones.
- Seguridad para el alma: apego y una relación cercana, en la que el adulto dedica tiempo a ver, escuchar, contar historias y reír con el niño, amándolo de forma sensible, tangible y confiable.
- Seguridad en la relación con el mundo: guiar al niño desde el conocimiento y la seguridad que percibe en el adulto.

Los niños, procedentes del «cielo», comienzan su vida con la expectativa inconsciente de que «el mundo es bueno». En un mundo cada vez más complicado, esto exige una respuesta más consciente por parte de los adultos.

El gesto arquetípico del aprendizaje

Aprender a caminar supone para el niño adoptar una nueva posición respecto al mundo: la cabeza queda libre, los brazos y manos desarrollan inteligencia motora fina y el niño aprende a mantener el equilibrio, esencial tanto para el cuerpo como para la vida espiritual. El aprendizaje de caminar está profundamente asociado a la individualidad.

El lenguaje permite expresar lo interior y comprender a los demás, sentando las bases de la convivencia social y siendo el primer maestro del pensamiento. Nombrar las cosas desarrolla la conciencia objetiva y, al reconocerse a sí mismos, los niños pueden llamarse «yo».



Andar, hablar y pensar revelan la libertad innata del ser humano. Estos tres hitos solo se logran en el encuentro con otras personas: el verdadero aprendizaje implica despertar en los demás y en uno mismo, comprometiéndose plenamente. La adquisición de estas habilidades básicas representa el aprendizaje genuino, que va de la voluntad al pensamiento a través del sentimiento, o de la experiencia al conocimiento mediante la reflexión.

La belleza del mundo y el aprendizaje a través de los sentimientos

El primer encuentro con los niños en el aula puede sentirse como entrar en una catedral, con la solemne expectativa de los niños hacia algo significativo. La confianza que muestran implica una gran responsabilidad para el adulto. Podemos transmitir información y entrenar mediante recompensas o castigos, pero el aprendizaje real implica el papel de los sentimientos entre el conocimiento y la voluntad.

Los niños quieren explorar el mundo con sus sentimientos y necesitan imágenes para ello. Los cuentos de hadas, como " Los ducados caídos del cielo" de los hermanos Grimm, transmiten a los niños significado a través del ritmo del lenguaje y la belleza, animando su imaginación y activando la voluntad en el pensamiento.

Confianza en uno mismo y el desarrollo de las capacidades

La confianza inicial que los niños depositan en los adultos debe transformarse en confianza en sus propias capacidades. El aprendizaje colaborativo demuestra cómo se reconocen y potencian las habilidades de cada uno a través de la interacción entre voluntad, sentimiento y pensamiento.

Las condiciones para el desarrollo de la confianza deben cultivarse con conciencia para no atrofiarse. La confianza arquetípica en el mundo puede convertirse en confianza en las propias capacidades si se permite su desarrollo. Esto es esencial en una sociedad que delega decisiones a las máquinas, pues solo quien confía en sí mismo puede confiar en los demás.

Henning Kullak-Ublick ha sido profesor en la Escuela Libre Waldorf de Flensburg entre 1984 y 2010. Es miembro del consejo directivo de Freunde der Erziehungskunst y del Consejo Internacional para la Educación Steiner Waldorf - Círculo de La Haya.

Este texto se publica con el amable permiso de su autor.